

civilizado, no será factor en el avance de la familia humana; será una horda con fachada, aglomeración de tribus con apariencias cultas, mesnada y patulea de quienes la fatalidad empuja juntos; pero enemigos entre sí. Hay que acabar con eso. Y ¿cómo acabar? Con exhortaciones, no; con llamamientos a la serenidad y a la justicia para con las personalidades sueltas, tampoco, mientras subsista la iniquidad fundamental de un régimen de propiedad infame, porque se nutre con sangre de hermanos. Con eso acaba únicamente una obra de justicia, de suprema justicia que, por ser necesaria para la vida nacional, vendrá pronto impuesta desde arriba, o conseguida desde abajo.

Y esa justicia tiene que comenzar virilmente por una obra de saneamiento. Confundidos en una clase social están muchos, justos y pecadores, y tienen aquéllos el deber de no ser el escudo de éstos. Una división se impone, cueste lo que cueste: a un lado cuantos no se someten a la moral convencional de la clase dominante, sino que buscan las supremas inspiraciones de la fraternidad humana, fundamento de toda legítima moral; a otro cuantos ro-

ban a mansalva, diestros en sortear los cepos legales, armados para los tontos; los que despojaron a su consocio y los que defraudaron al Estado; los que falsearon en su provecho la verdad; los que atesoraron al amparo de las guerras y amonedaron el haber de la patria; los que envenenaron al prójimo para acrecentar su torpe ganancia; los que satisficieron su lujuria estimulando, en el secreto codicioso de una baja tercería, seducciones corruptoras; los que asesinaron lentamente por el sufrimiento o por la privación; los que exprimieron sin conciencia el jugo vital de semejantes desvalidos; los que traficaron con el honor propio o de los suyos; los que fueron desleales a su deber o traidores a la amistad; las mil y mil formas de la inmundicia espiritual de la deformidad y laceria del sentimiento.

De este modo, los hombres honrados de la clase media, aquellos que han sido injustamente sospechados, hombres políticos que en lo profundo de nuestro corazón reputamos impecables, se verán libres de las salpicaduras de una vergonzosa complicidad.

Baldomero Argente.

Ciencia, filosofía, religión

Bastantes problemas, entre ellos el de la materia y el de la vida, han surgido en el espíritu de los humanos. Todos han sido abordados por dos vías: la filosofía y la ciencia.

La filosofía es la investigación de lo general; su método es siempre matemático o experimental.

La filosofía es la investigación de lo que hay de más general; pretende reflexionar sobre la reflexión científica, explicar la misma ciencia. Científica es la predicción de un eclipse, filosófica la explicación del Mundo por Aristóteles o Platón. Cuando la filosofía se convierte en metafísica y pretende pasarse sin el

auxilio de la ciencia, acaba por dar una prima a la ignorancia, y para ser filósofo basta charlar sin cesar, frasear con mucha imaginación.

Algunos han proclamado la "banarrota" de la ciencia. Han sostenido que la ciencia nos había prometido una moral, un gobierno y que nada nos había dado de lo prometido, produciendo, por el contrario, la confusión en los espíritus y la indisciplina en las ideas.... Pero lo cierto es que los verdaderos sabios nada prometieron. Jamás la ciencia ha dicho que nos daría, en un tiempo determinado, la llave de los misterios que ella ignora; busca simplemente